

Ateísmo

“La mayor tragedia en la vida es perder a Dios y no echarlo de menos”.



—F.W. Norwood

Los ateos pueden afirmar que no reconocen la existencia de Dios, pero la opinión de algunos cristianos y musulmanes es que, en algún nivel, incluso el ateo confirmado afirma la presencia de Dios. La conciencia innata pero olvidada de Dios, típicamente sale a flote en la conciencia del ateo sólo en momentos de gran preocupación, como lo ejemplifica un dicho de la Segunda Guerra Mundial: “No hay ateos en una

trinchera”^[1].

Es innegable que hay momentos –ya sea durante los días de agonía de una enfermedad prolongada, los momentos aparentemente eternos de un asalto violento y humillante, o la fracción de segundo en que se anticipa el impacto de un choque inminente de autos– cuando todo ser humano reconoce la realidad de la fragilidad humana y la falta de control del hombre sobre el destino. ¿A quién implora ayuda una persona en tales circunstancias sino al Creador? Tales momentos de desesperación recuerdan a cada persona, desde el erudito religioso hasta el ateo profeso, la dependencia de la humanidad de una realidad mucho más grande que nosotros mismos. Una realidad mucho más grande en conocimiento, poder, voluntad, majestuosidad y gloria.

En esos momentos de angustia, cuando todos los esfuerzos humanos han fallado y ningún elemento de existencia material puede preverse para proporcionar comodidad o rescate, ¿a Quién llama una persona instintivamente? En esos momentos de prueba, ¿cuántos llamamientos inducidos por la angustia son hechos a Dios, complementados con promesas de fidelidad para toda la vida? Sin embargo, ¿cuán pocas se mantienen?

Sin duda, el día de mayor aflicción será el Día del Juicio, y una persona sería desafortunada al estar en posición de conocer la existencia de Dios por primera vez *ese* día. La poetisa inglesa Elizabeth Barrett Browning, habló de la ironía de la apelación humana en la dificultad en *El Lamento del Humano*:

“Y los labios dicen ‘desgraciado sea Dios’,

Quien nunca dijo ‘alabado sea Dios’.

El ateo reflexivo, lleno de escepticismo pero temeroso de la posibilidad de la existencia de Dios y del Día del Juicio, tal vez quiera considerar la “oración del escéptico” como sigue:

“Oh Dios –si es que hay un Dios–,
Salva mi alma –si es que tengo una–”[2].

Frente a la creencia bloqueada por el escepticismo, ¿cómo puede una persona equivocarse con la oración anterior? En el caso de que los ateos continúen en su incredulidad, no serán peores que antes; y para el caso de que la creencia haga una aparición sincera, Thomas Jefferson tenía lo siguiente que decir:

“Si encuentras razones para creer que hay un Dios, una conciencia de que estás actuando bajo Su ojo, y que Él te aprueba, habrá una motivación mucho mayor: Si habrá un estado futuro, la esperanza de una existencia feliz en él incrementa el apetito de merecerlo...”[3].

Puede sugerirse que si un individuo no ve la evidencia de Dios en la magnificencia de Su creación, haría bien en dar una segunda mirada. Como se reporta que comentó Francis Bacon: “Prefiero creer en todas las fábulas de las leyendas, y el Talmud, y en Alcorán (es decir, el Corán), que en que esta estructura universal existe sin una voluntad”[4]. Y luego comentó: “Dios nunca hace milagros para convencer a los ateos, porque sus obras ordinarias son convincentes”[5]. Digno de contemplación es el hecho de que aún los elementos más simples de la creación de Dios, aunque tal vez sean obras ordinarias en Sus términos, son milagros en los nuestros. Tomemos el ejemplo de un animal tan pequeño como una araña. ¿Alguien realmente cree que una criatura tan extraordinariamente intrincada evolucionó a partir de una sopa o caldo primordial? Sólo uno de estos pequeños milagros puede producir hasta siete tipos diferentes de seda, algunos tan delgados como la longitud de onda de la luz visible, pero más resistentes que el acero. Estas sedas van de filamentos elásticos, tanto adhesivos como no adhesivos para trazar las líneas e hilos de la estructura, a la seda para envolver a la presa, para hacer el saco de huevos, etc. La araña puede, a voluntad, no sólo decidir cuál de los siete tipos de seda fabricar, sino reabsorberla, descomponerla y rehacerla, haciendo autorreciclaje de los elementos componentes. Y esta es sólo una pequeña faceta del milagro de la araña.

Y aun así, el ser humano se eleva a los niveles de la arrogancia. Un momento de reflexión debe inclinar los corazones a la humildad. Al mirar un edificio, una persona piensa en el arquitecto; al mirar una escultura, la persona instantáneamente comprende que hubo un artista. Pero al examinar las complejidades elegantes de la creación, desde la complejidad y equilibrio de la física de partículas nucleares a la inmensidad del espacio desconocido, una persona concibe... ¿nada? Rodeados de un mundo de complejidades sincronizadas, nosotros, como humanidad, no podemos ni siquiera ensamblar el

ala de un mosquito. ¿Y aun así el mundo entero y todo el universo existen en un estado de orquestación perfecta como producto de accidentes aleatorios que modelaron el caos cósmico en una perfección balanceada? Algunos votan por el azar; otros, por la creación.

Footnotes:

[1] *N.Y. Times*. 13 Abril 1944. Cummings: Sermón en Bataan, Filipinas.

[2] Renan, Joseph E. *Oración del Escéptico*.

[3] Parke, David B. p. 67.

[4] Bacon, Francis. *Ateísmo*. p. 16.

[5] Bacon, Francis. *Ateísmo*. p. 16.

(parte 2 de 2): Una cuestión de entendimiento

Muchos argumentos ateos cuestionan la compatibilidad de un Dios amoroso con las injusticias percibidas de la vida. La religión identifica esos reclamos como reflejos de la arrogancia del intelecto –asumir que nosotros, como humanidad, siendo nosotros mismos un elemento de la creación, conocemos mejor que Dios cómo debería estar ordenada Su creación– junto con la incapacidad de apreciar un diseño mayor.

El hecho de que muchos humanos sean incapaces de hallarle sentido a ciertos aspectos de esta vida, no debe disuadirnos de creer en Dios. El deber del hombre no es cuestionar o negar los atributos o la presencia de Dios, ni inclinarnos a la arrogancia de creernos capaces de hacer un mejor trabajo, sino aceptar el papel del ser humano en esta vida y hacer lo mejor que podamos con lo que nos ha sido dado. Por analogía, el hecho de que a una persona no le guste la forma en que su jefe hace las cosas en el trabajo y no logre comprender las decisiones que él toma, no niega su existencia. Por el contrario, el deber de cada quien es cumplir con las obligaciones de su cargo para obtener su paga y ser promovido. Del mismo modo, la incomprensión o la aceptación de la forma en que Dios ordena Su creación no niega Su existencia. Más bien, la humanidad debe reconocer con humildad que, a diferencia del jefe del trabajo, quien *puede* estar equivocado, Dios –por definición– es perfección absoluta, *siempre* está en lo correcto y *nunca* se equivoca. La humanidad debe inclinarse ante Él en sumisión voluntaria, y en reconocimiento de que la incapacidad de comprender Su diseño por nuestra parte no refleja errores de Su parte. Al contrario, Él es el Señor y Maestro de la Creación y nosotros no, Él lo sabe todo y nosotros no, Él ordena todos los asuntos de acuerdo a Sus atributos perfectos, y nosotros simplemente nos mantenemos como Sus siervos durante el viaje de nuestras vidas.

Las almas confundidas y sensibles que encuentran difícil reconciliar la existencia de Dios con una vida dura y dolorosa, a menudo merecen simpatía y explicación. Si una persona acepta el hecho de que Dios sabe lo que Él está haciendo y nosotros no, se sentirá más cómoda con el entendimiento de que en el fondo las cosas no son como parecen a simple vista. Quizás los miserables entre la humanidad merecen su suerte en la vida por razones imprevistas, y quizás ellos sufren sólo durante una corta vida mundana para recibir una recompensa eterna en la siguiente vida. No debemos olvidar que Dios le concedió a los favoritos de Su creación (es decir, a los profetas) el mayor regalo mundano: seguridad, guía y revelación. Sin embargo, ellos sufrieron mucho en términos mundanos. De hecho, las pruebas y tribulaciones de la mayoría de la gente palidecen en comparación con aquellas de los profetas. Así que aunque mucha gente sufre terriblemente, el mensaje de esperanza es que los arquetipos de los favoritos de Dios —es decir, los profetas— fueron privados de los placeres de este mundo a cambio de las recompensas en el próximo. Una persona así puede esperar una recompensa comparable para aquellos que soportan las pruebas y dificultades de esta vida, permaneciendo firmes en la fe verdadera.

Del mismo modo, una persona no puede ser culpada por esperar que los tiranos y opresores incrédulos tengan todos los disfrutes de este mundo, pero ninguno del último. Algunos de los prisioneros del Infierno se nos vienen a la mente. El Faraón, por ejemplo, vivió una vida de opulencia y lujo al punto de proclamarse a sí mismo el dios supremo. Muy probablemente las opiniones cambiaron cuando se tiró un gas. En todo caso, una persona puede esperar razonablemente que él esté un poco insatisfecho con su actual morada chamuscada; y los recuerdos de sus alfombras mullidas, comidas finas y doncellas perfumadas habrán perdido su encanto como consuelo, dado el calor del momento.

Mucha gente ha tenido la experiencia de terminar un *gran* día de *mal* humor debido a algún incidente amargo en la conclusión de eventos. Nadie valora una comida *gourmet* si termina en divorcio, un interludio romántico recompensado con el SIDA, o una noche de fiesta culminada con un asalto brutal o un paralizante accidente de tránsito. ¿Qué tan bueno pudo ser? Del mismo modo, no hay disfrute en esta vida, no importa qué tan grande sea el éxtasis y cuánto dure, que no sea borrado instantáneamente de la memoria por un cuerpo quemado al 100%. Un lado de una mano representa el 1% del área superficial total del cuerpo humano, lo cual implica que quemarse en la cocina una fracción de la punta de un dedo es menos que quemarse una milésima del área total de la superficie del cuerpo. Sin embargo, ¿quién no se olvida de todo lo pequeño, de todo lo grande, de *todo* durante ese momento de dolorosa aflicción térmica? La agonía de un cuerpo totalmente quemado, especialmente si no hay recuperación —sin vuelta atrás, sin posibilidad de hacerlo a un lado— está más allá de la capacidad de la imaginación humana. Los pocos que han sobrevivido a tales quemaduras concordarán. No sólo la tortura de un quemado total excede los límites de la

imaginación humana, sino que la agonía de la experiencia supera los límites del lenguaje. El horror no sólo no puede ser expresado adecuadamente por los infortunados que han tenido la experiencia, sino que no puede ser completamente entendido por aquellos que han sido bendecidos con escapar de tal iniciación. Ciertamente, puede esperarse que un laaaaaaaargo y eterno baño de cuerpo entero en el fuego borre cualquier recuerdo placentero del pasado, lo que es consistente con la conclusión de que...

...¿Qué es la vida mundanal comparada con la otra, sino un goce ilusorio? (Corán 13:26)

Respecto al tema del presente apéndice^[1], dos elementos de conciencia rectora merecen consideración. El primero, es que todas las personas tienen en el fondo un conocimiento innato de la presencia del Creador. La humanidad puede alejar intelectualmente este conocimiento en búsqueda de las comodidades y placeres de este mundo; pero, en el fondo, toda la humanidad sabe la verdad. Lo que es más, Dios *sabe* que nosotros sabemos, y sólo Él puede calcular el nivel de rebelión y/o sumisión individual hacia Él.

El segundo elemento que nos ayuda a despertar la conciencia espiritual es entender que simplemente las cosas no caen del cielo. Es raro que alguien obtenga algo por nada. Si un hombre trabaja para un jefe al que no entiende o con el que no está de acuerdo, al final todavía tiene que hacer su trabajo para ganar su sueldo. Nadie va a trabajar (no por mucho tiempo, en todo caso) y no hace nada más que decir “estoy trabajando”, esperando la llegada de un cheque de pago basado en nada más que la asistencia improductiva. Del mismo modo, la humanidad debe satisfacer un deber de servidumbre y alabanza a Dios si espera recibir Su recompensa. Después de todo, ese es no sólo el propósito de la vida, sino la descripción de nuestro trabajo. De hecho, los musulmanes declaran que esa es la descripción del trabajo tanto de los hombres como de los *Yinn* (plural de “genios”, singular “Yinni”, de donde deriva la palabra occidental ‘genio’), puesto que Dios declara en el Sagrado Corán:

“Por cierto que he creado a los genios y a los hombres para que Me adoren”. (Corán 51:56)

Mucha gente cuestiona el propósito de la vida, pero la posición de los creyentes de muchas religiones es exactamente la arriba descrita: la única razón por la que la humanidad existe, es para servir y adorar a Dios. El propósito es que todos y cada uno de los elementos de la creación existen para apoyar o poner a prueba a la humanidad en el cumplimiento de este deber. A diferencia de un empleo mundano, una persona puede evadir sus responsabilidades para con Dios y se le concederá un período de gracia. Sin embargo, al final de su periodo de prueba llamado vida, se le cobrarán las cuentas, y en verdad no será el mejor momento para encontrar la cuenta de uno “en rojo”.

Francis Bacon brinda un cierre maravilloso al tema de este apéndice, declarando: “Quienes niegan a Dios destruyen la nobleza del hombre, pues sin duda el hombre es de la estirpe de las bestias por razón de su cuerpo; y si no fuera de la de Dios por su espíritu, sería una criatura baja y mezquina”^[2]. Si una persona cree que después de unos cuantos millones de años, algo digno de cocinar una barbacoa emergerá de la espuma de la *bouillabaise*^[3] primordial de Stanley Miller y Harold Urey, la humanidad aún debe dar cuenta de aquello que todos sentimos en nosotros: el alma o espíritu. Todos y cada uno de los elementos de la humanidad tienen una, y esa es la clave metafísica que nos separa de los animales.

De nuevo, aquellos que dudan de lo que no puede ser experimentado directamente, hallarán excusas para negar el alma; pero lo más probable es que se encontrarán a sí mismos en escasa compañía. Por otra parte, la discusión luego se mueve hacia una de la naturaleza de la verdad, el conocimiento y la evidencia, lo que lógicamente sirve de trampolín hacia la sección siguiente, el agnosticismo.

Footnotes:

^[1] Este artículo originalmente aparece como apéndice en el libro “El Primer y Último Mandamiento”, del mismo autor.

^[2] Bacon, Francis. *Ateísmo*. p. 16.

^[3] N.T.: Sopa francesa de pescado, de origen catalán.